

CURSOS SOBRE LA LIBERTAD

JOAQUÍN VIDAL*

«Sólo la cultura os hará libres», decía don Vicente a un centenar de pescadores que le escuchaban perplejos.

Don Vicente había dictado a lo largo de su vida múltiples conferencias, pronunciado discursos, mantenido debates ante auditorios de personas con alta formación y también estaba curtido en las charlas con los trabajadores que congregaba en sus Ateneos Populares, y cuando Jesús Romeo Gorría, a la sazón Ministro de Trabajo, le nombró Director General del Instituto Social de la Marina, vio enseguida la ocasión de congregar a los pescadores para hablarles de la libertad.

Lo hizo en la Universidad de La Rábida, naturalmente, y aprovechaba para ello las vacaciones de Semana Santa. Las delegaciones provinciales del Instituto Social de la Marina seleccionaban grupos de jóvenes pescadores con inquietudes y éstos acudían sin saber si iban a unos ejercicios espirituales o a que les impartieran la doctrina del Movimiento. Por eso, cuando ya en las primeras reuniones oían hablar de cultura y de libertad no salían de su asombro.

La verdad es que de las primeras clases del curso ya salían integrados y con las ideas claras. Bueno, no muy claras. Don Vicente tenía una palabra fluida, ideas firmes, capacidad de convocatoria y de convicción, pero todos aquellos conceptos resultaban demasiado abstractos para unos pescadores a quienes jamás se había reunido para similares propósitos, ni hablado nunca de semejante manera.

* Periodista de *El País*.

La fascinante personalidad de don Vicente

Conferencias, cursos acelerados de materias diversas —a mí se me encargó el que llamaban «Técnicas de la expresión escrita»—, ratos de asueto, alguna excursioncilla a Palos o a Huelva llenaban el programa del día y por la noche celebrábamos tertulias. Los profesores, ayudantes y asimilados hacíamos otra posterior, ya en plan desenfadado y de casinillo, a las que solía asistir don Florentino Pérez Embid, que estaba en La Rábida en calidad de invitado personal de don Vicente. Un día le estuvimos explicando que los pescadores reaccionaban muy positivamente manifestando sus exigencias de ciudadanos y sus ansias de libertad, y comentó: «Espero que a don Vicente no le hagan Director General de Prisiones: es capaz de montar aquí una reunión con los presos para que también exijan la libertad.»

Los cursos se desarrollaban bien, desde luego, pero allí lo que nos estimulaba y lo que nos unía a todos era la fascinante personalidad de don Vicente. Personalmente no he conocido a nadie con mayor capacidad de comunicación y de persuasión. Recuerdo —y creíamos saber muchos entonces— que nos parecía caprichoso, cambiante, quebradizo en sus manifestaciones de afecto e incluso en la relación profesional que podía tener con sus colaboradores. Unas veces nos invitaba a almorzar y celebrábamos amenísimas sobremesas en las que discutíamos de lo divino y de lo humano (normalmente de lo humano: política) y otras hacía como si no existiéramos y a lo mejor pasaban así meses. Carecía de importancia, naturalmente, y era lógico. En aquella época don Vicente tenía muchos compromisos y, aunque no los tuviera, también seguramente le cansábamos aquellos profesionales recién acabada la carrera y aquellos funcionarios aún jóvenes e inexpertos; con muchas inspiraciones, bastantes ganas de cambiar el mundo y convencidos de que acabábamos de inventar la pólvora.

La Hoja del Mar

Poco después de ser nombrado don Vicente Director General del Instituto Social de la Marina fue cuando le conocí. Preguntó si había en el organismo algún periodista y yo era ese periodista. De haber dos, a lo mejor habría encomendado las tareas al otro; quién sabe. Me ordenó viajar para que conociera la costa a fondo; me encargó crear una revista que fue la que quiso se llamara *Hoja del Mar*; me concedió amplia autonomía para organizar un gabinete de prensa que habría de funcionar como agencia de noticias. Como

consecuencia de todo ello, no hubo semana en que no viajara a algún puerto. La revista, auguraban altos cargos del organismo que dejaría de publicarse al cabo de dos o tres meses por falta de contenido, lleva ya veintisiete años, de los cuales durante los veintidós primeros fui el director. El gabinete sólo funcionó con carácter de agencia de noticias especializada en temas marítimos mientras estuvo de Director General don Vicente, pues cuando cesó, los nuevos mandos quisieron darle una orientación radicalmente distinta.

Durante todo ese tiempo, que personalmente me resultó tremendamente enriquecedor en el aspecto profesional, tuve frecuentes despachos con don Vicente, y cuanto hablamos —«e incluso discutimos»— en esos despachos es lo más directo y sustancial que sé de él y, por tanto, lo que acaso pueda servir mejor a mi testimonio. Y, en base a dichos conocimientos, afirmo que don Vicente era una persona inteligentísima, generosa y buena.

Fuera no había personas tan buenas, por supuesto. El mundo es como es. Fuera siempre había quienes no podían contener esos fondos de miseria que a veces encierra la mente humana, y alguno me llegó a preguntar: «¿Te ha dicho ya don Vicente que te hagas del Opus?» La verdad es que don Vicente, del Opus Dei jamás me dijo nada. Ni media palabra.

Tras cesar como Director General del Instituto Social de la Marina y después, durante su etapa de Presidente del Crédito Social Pesquero, rara vez volví a hablar con don Vicente. Mas nunca olvidaré que fue él quien me dio la oportunidad de emprender una labor plenamente identificada con mi vocación y hacer el trabajo que quería; un trabajo intenso y motivador, que llenó gran parte de mi vida profesional.